

PLATICAS POPULARES

SOBRE

LA PRIMERA COMUNION.

PLATICA SECUNDA.

(Jueves por la mañana.)

Sobre los beneficios de que nos ha colmado el Señor hasta este día y aquellos más infinitos que de que quiere colmarnos.

TEXTO. *Custodiens parvulos Dominus.* El señor custodia y protege á los niños.

(SALMO CXIV. VERS. 6.)

Ensánchase el corazón y llena de consuelo el espíritu al oír las santas palabras que os acabo de citar : el Señor custodia y protege á los niños. Semejante á buen pastor que desvela lo más tierno de su rebaño, así también, hijos míos, nuestro divino padre, que allá en los cielos mora, tiene fijas en vosotros sus amantísimas miradas, os contempla con particular cariño, y espera con anhelo el tiempo aceptable, el día dichoso, el momento feliz de darse entero á vuestras almas y unirse á vuestro corazón. Alegraos pues, amados míos, grandes cosas van á tener cumplimiento en vosotros. Hayer os decía, que debíamos comenzar los ejercicios llenos de júbilo y contento, mucho importa que así los continuemos y demos fin. Todos, me parece, me habeis, comprendido. Esmeraos pues en hacer santas vuestras disposiciones, porque concediéndonos el Padre de las misericordias un momento

de reconciliación quiere que la efectuemos perpetua con su divina majestad ; dándonos estos momentos de retiro, que ha negado á tantos millares de niños menos favorecidos que vosotros, prentiende con esta nueva gracia, que el justo se justifique más y que el joven pecador abandone sus extravíos. Vayamos todos á él, hijos, sin tardanza. Su voz es voz de amor ; respondámosle todos con el mismo llanto... San Francisco de Sales, que fue siempre piadoso como un ángel e hizo la primera comunión con la fervor de un Serafin, solía decir : dichoso aquel que va á Dios por amor. ¡ Ay, hijos míos, qué sobrada razón tenía ! Dichoso aquel que sabrá dejarse arrastrar por sus atractivos, dicho el que sabrá dejarse atrever su corazón. Dispárale á todos, ¡ oh divino Jesús ! una de tus divinas flechas, hiere á sus corazones y que sean tuyos hasta su último suspiro.

PROPOSICION. — Entre los miles motivos que nos obligan á ser todos de nuestro divino Jesús, yo encuentro dos principales : En agradecimiento de cuantos beneficios se dignó dispensarnos el Señor hasta este día, y después á causa de los numerosos que nos reserva para lo avenirero.

Parte Primera. — Volved sobre vosotros, hijos, atenta ojeada. Ese cuerpo, esa alma, esas potencias, esos sentidos, ese mismo ser que os constituye ¿de donde lo sacasteis? ¿quién os lo dió?... ¿Que erais? en qué parabais quince años atrás? nada... de la nada, nada sale ¿quién pues sopló en nuestro polvo la lozana vida que le anima? *totum quod es illi debes*, Escuchad lo que dice el padre San Bernardo, á Dios debeis todo lo que sois...

Y sigamos; esta vida que sin mérito alguno de vuestra parte recibisteis, ¿quién os la conserva? ; Cuantos niños de vuestra edad que rindieron ya el último suspiro!... ¿Quién vió pasar un año sin sollozos, una semana sin llantos y un día sin trastorno? Que oís á cada instante á vuestro alrededor, fulano acaba de expirar, zutano se está muriendo, un tal se encuentra á sus últimos momentos. Hijos, Dios permite tales desgracias para nuestro provecho, para que tengamos por muy sabido que si tan largos son los nuestros años, nos concede con esto un beneficio especial... Y sigamos aún. *Ut videam, Domine.* Haced, Señor, que lo más tierno de mi rebaño vea. Lo

veis, este nació sordo, el otro mudo, aquel de más allá es ciego, qué desgracia... *Et nunc erudimini.* Y ahora comprended, amados de mi alma, cuan bueno fué el Señor para con nosotros. Esos ojos con que me estais mirando, esos oídos con que me escuchais, esa misma voz cuyos melodiosos gorgoros me arroban y llevan fuera de mí, son obra del Señor. El ayre que respirais, la tierra que os sustenta, el fuego que os refrigera, el arroyo cristalino que en nuestros prados murmura, el sol, la luna y las estrellas que os alumbran en fin todo cuanto aquí bajo reluce y brilla, son cosas tuyas. Sí, hijos míos, sí, todo lo que poseis es del Señor, de suerte que si quisierais ofrecerle cosa alguna no sería esta donación gratuita, sino más bien obligación de justicia....

Oíd lo que se cuenta de una hija de Luis XV, rey de Francia, que dejando las pompas y vanidades de la corte, se hizo monja carmelita y murió en olor de santidad. Hablando un día con su haya, le decía « Yo todas las mañanas doy mi corazón á Jesús, ya me dicen siempre que es tan bueno, que me lo tendrá presente, que piensas tú que me conceda este en recompensa. ¡Ay amada señorita! le respondió inmediatamente la muy noble y principal Señora... Si, muy bueno es el Señor, y no crea su Alteza que lo que ella hace todas las mañanas quede sin premio, pero repare, Señorita, que tiene ya mucho de recibido. Ese mismo corazón que late en vuestro pecho y que le ofreéis, ¿quien os lo dió? El es también quien hace crecer el trigo de los campos, con que se hace vuestro pan de cada día, el quien dá á los gusanos la seda, á la mansa oveja la lana con que tejen vuestros vestidos: todo lo que veis, todo lo que teneis, todo lo que os embellece y causa alegría, son cosas tuyas, y de su mano salidas. Comprendió la real doncella esta lección y después, al coger una flor, al saborear un fruto, al ponerse un vestido nuevo se exclamaba... He aquí aún un nuevo beneficio del Señor. ¡Oh cuan bueno fuisteis para con mí! no permitais que yo sea una ingrata. Tales debieran ser también vuestros sentimientos.

Pero demos que este hermoso pensamiento no haga en vosotros toda la impresión que merece. Decídmelo, aquella unción sagrada que os lavó de todo pecado en el Bautismo, ¿á quien la debeis? ¿á quien el rescate de la esclavitud del demonio? ¿á quien la gracia de estar anumerados entre

los fieles de nuestra santa madre la Iglesia, entre los predestinados de la eterna gloria? ¿á quien estas mismas palabras que penetrando hasta los más envueltos senos de vuestro corazón, os hacen comprender la maldad de vuestras ingratitudes y la locura de vuestros desvanos? ¡Ah! no creais que sea obra mía, todo eso lo debeis á Jesús que me envió por medio de mi prelado en esta parroquia y me constituyó padre espiritual de vuestras almas. Y este divino sacramento, centro de la más santa misericordia que os reconcilia con el Señor, cuando por desgracia habeis caído en las asechanzas de Satan... ¿á quien lo debeis? ¿la misma gracia de hacer una buena primera comunión á quien la debeis? ¡Ah hijos míos! Nada teneis que sea vuestro. Escuchad el apóstol de las naciones « *Non estis vestri* » Ya no sois vuestros, sino de Jesucristo, el tiene sobre vosotros un dominio inegable, y hariais un hurto sacrilego, cometeriais una perfida traición en substraieros de su potestad y subordinaros á otro dueño. Dios os ha criado, Dios es quien os ha redimido, Dios quien os dió una vez la vida y os la volvió á dar otra vez cuando la habiais perdido. Dios quien os la conserva. ¿Cual sería pues nuestra correspondencia, sino le amamos de todo corazón? Si no procuraremos ser suyos con todas las facultades de nuestra alma, con todos los sentidos de nuestro cuerpo, con todos los afectos de nuestro corazón, cual nuestro delito si nuestro corazón fuera de las criaturas y no de Dios, y nuestra alma de la fealdad del pecado y no de la hermosura de la gracia. ¡Oh hijos míos! pensadlo bien, mientras vamos á decir alguna cosa de como los bienes que Dios nos reserva merecen también nuestro amor.

Parte Segunda—Lo dicho nos enseña que debemos ser todos de Dios, y que merece este soberano Señor el vasallaje supremo de nuestro amor, no solo porque nos dió una vez la vida, sino que también porque habiéndonos la dado una vez, sacándonos de la nada y librándonos de pecado, nos la volvió á dar otra vez después que la habiamos perdido, redimiéndonos á costas de su sangre. Más que son todos estos bienes cuando se parangonan con los que nos reserva. Uno hay que debe hacer rebosar gozo á vuestros corazones y está ansiado de vuestras almas. ¿Adivináis cual? Tal vez sí... La Santa Eucaristía. ¡Oh adorable sacramento! Jesús, el Hijo de Dios, encubriendo su majestad soberana bajo las

especies sagradas quiere darse todo á vosotros. Dios y sus infinitos atributos, Dios y la inmensidad de sus riquezas, Dios y los incomprehenbles excesos de su amor vendrán á tomar morada en vosotros. Hijos míos ¡qué gracia! ¡qué beneficio! ¡qué favor! Todos le estais esperando con anhelo este instante tan feliz, ¿no es verdad? Decid pues juntamente conmigo, los ojos levantados al cielo y las manos sobre vuestros enamorados pechos, « Venid, ó buen Jesús, venid! Mi alma os desea ardentísimamente, venid blanco de mi amor, venid vida mia, paraíso mio, bien mio, tomad cuanto antes posesion de mis potencias y sentidos, dadme armas para triunfar de mis enemigos. Vos sois, o dulce Jesús mio, verdad, camino y vida; guiadme á vuestras eternas mansiones, donde me espera el supremo gallardon.

Más dejemos para otra vez los grandes beneficios de la Eucaristia, mayores quiero anunciaros en este dia. ¿Adivinais cuales? A que todos pensais, oh, ya lo sé, las gracias necesarias para vivir en buen Cristiano y morir en los brazos de la divina misericordia.... Si, hijos míos, teneis razon, tampoco estos os harán falta á su debido tiempo, más no son tales sino mucho mayores los que yo pienso.. ¿Pues quereis que lo diga cual es aquel que sobrepuja todos los demás?... La felicidad eterna, el paraíso. He ahí el beneficio de los beneficios, el don de los dones. He ahí lo que Dios os reserva, comprendedlo bien. Un ejemplo. Todos conoceis lo que llamamos hormigas y gusanos. Varias veces les habeis aplastado bajo vuestros pies corriendo ó saltando. Figuraos pues, Hijos, que Dios cuya potencia es infinita, dándoles una inteligencia y haciéndoles nuestros iguales, les dice... « Hormiga, ó tú gusano, levántate de ese polvo en que te arrastras, la planta del hombre no será más tu tormento, prepárate á brillar con igual resplandor á aquellos astros que admiras en la tachonada boveda, y á circular libremente en los infinitos espacios.... Que os parece, Hijos, ¿no es verdad que la hormiga, el gusano rendirían gracias supremas al Eterno por tan encumbrado beneficio? Escuchádmeme pues con mucho atento y vereis que aquello que os reserva el cielo á vosotros es digno de mayores aplausos é infinitamente más apreciable.

Dirigiéndose á cada uno en particular y á cuantos cristianos hay en la tierra, la bondad Soberana, la misericordia suprema nos dice :

« Pobre criatura, tan débil en mi presencia, atajada por innumdas pasiones, desolada por agobiadores vicios, esclava cuasi de Satan que te atormenta y quisiera rendirte, ¿quieres ser tú igual á los santos y hermanarte con los ángeles?... ¿quieres, cual faro luminoso, cual resplandeciente estrella, o sol encantador, brillar eternamente en los esplendores de mi eterno Padre, en la gloria del Paraíso? ¿Te place venir á contemplar, hijo mio, los aplausos de la bondadosa reina de cielos y tierra, las delicias de los Cielos, el gozo de la bienaventuranza? ¿Quieres venir á disfrutar conmigo todos los gozos? para tí fueron criados.... ¿Que decís, hijos?... ¿cual sería vuestra respuesta? No lo sé, más oid cuan bueno fue el Señor para nosotros... Y como le hemos nosotros correspondido... ¿Le hemos pagado amor con amor y servido con fidelidad? Hemos sido diligentes para hacer cierta nuestra vocación á la celeste gloria y santas nuestras obras.... Pensad bien en esto, yo os ruego en el nombre del Señor, diré tambien con el apóstol, que camineis por una vida digna de nuestro caracter de Hijos de Dios, que os convirtais sin tardanza, que no cerreis por más tiempo vuestros oidos á sus voces, porque es tan fiel el Señor en sus promesas, como terrible en sus amenazas. Sin embargo, hijos míos, no bajó del cielo á la tierra á llamar á los justos sino á los pecadores, por medio de la penitencia. Asidos pues fuertemente á esta tabla y salgámos todos vencedores del naufragio general de la culpa.

Decid conmigo, Hijos míos, ven penitencia santa, yo quiero abrazarte con tus saludables rigores. Tu eres la que de un pródigo relajado hiciste un arrepentido, de un Agustin un santo, de un Saulo perseguidor un Apóstol incomparable, de un Pedro perjuro un Principe de la Iglesia, de un publicano un justo; en suma de corrompidos pecadores, santos encumbrados. Penitencia santa, ven á mí, reforma durante estos santos ejercicios todos los desordenes de mi vida, arregla mi conducta; tú que sanas á los enfermos, iluminas á los ciegos, das habla á los mudos y resucitas los muertos; ven á mí mutando mi corazon; dáme el santo temor de Dios y la gracia de serle fiel todos los instantes de mi vida para que pueda gozarle segun mis más acendrados deseos en la gloria.

CONCLUSION. Escuchad esta historia y vereis como el recuerdo del cielo debe agigantar en vosotros el santo amor de Dios.

Dos nobles caballeros, muy juvenes, cansados del bullício de la corte, salieron con idea de pasar algunos dias por montes y campiñas para distraherse un poco. Ya habian andado un buen rato, respirando la aroma que por doquier despedian las flores de mayo. El dia era hermosísimo, el cielo estaba muy despejado y la tarde emprincipiaba á caer cuando llegaron los dos caminantes á las puertas de un monasterio. Sea curiosidad o otra cosa, se pararon algunos instantes y, yendo de celda en celda, visitando lo todo con mucho atento, llegaron por fin en un rincon oscuro. Allí encontraron un santo anciano, cuya frenta iluminada parecía haber cautivado un destello de la divina gloria. Viéndole aquellos tan feliz le dijeron: pero tu que tan austeramente vives, no sentiste jamás la tristeza y el caimiento de espíritu. ¡Oh sí, ! respondió el anciano, pero gracias á Dios he encontrado el remedio que convierte en alegría todos mis zozobras. Con abrir esta ventana me basta; inmediatamente se presenta á mis maravilladas miradas el consuelo de todos mis desconsuelos, lo que me tiene siempre contento y lleno de regocijo. Hechóse inmediatamente allí el uno, pronto hace corre el cerrojo, abriela á dos batantes. ¡Que chasco!... una alta pared le sacaba toda la vista...Pues sí no hay nada, dijo este...nada, que pueda recrear vuestros sentidos, ni dar satisfaccion á vuestros deseos... Como, Hijo, replicó el anciano; no ves nada? Pues mira bien... — Vaya quemire. A lo más veo esta negra muralla y un peazo de cielo como la mano. Pues bien ese peazo de cielo hace todo mi gozo. Cuando los dolores me achacan, cuando me asalta la tristeza..... abriendo esta ventana, me pongo á considerar ese peazo de cielo, ese hermoso paraíso para que meció el Eterno. Entonces me digo á mí mismo. La bondad eterna me preparó alla riba felicidades sin fin, bienes eternos, que durarán siempre sin que jamás se acaben, y entonces tambien mi corazón palpita de alegría y mi alma rebosa gozo. ¡O Paraíso!... ¡O Paraíso!... y diciendo estas últimas palabras, sus ojos se convirtieron en fuentes de lagrimas, de agradecimiento y de amor... Aquellos dos juvenes quedaron pasmados, no sabian que decir... Más tocados por la divina gracia, abandonando el mundo con sus va-

nidades y pompas, se pusieron bajo la direccion de aquel anciano y llevaron allí vida santa...

¡Ah, hijos míos! que nosean las penas del infierno sino más bien el amor de Dios, el santo agradecimiento, por cuantos beneficios se digno dispensarnos hasta este vuestro dia, el digno deseo de gozar de la celeste gloria, que os muevan á llorar nuestros pecados y á prepararos á hacer con mucha devocion y piedad vuestra primera comunión. Pidamos esta gracia al Señor por la intercesion de la Virgen María, diciendo humildemente prostados á sus plantas sagradas « Acordaos, ó piadosísima Virgen María, que no se ha oido decir jamás, que ninguno de cuantos se han acogido bajo vuestro amparo, han implorado vuestro socorro, y dirigidoos sus súplicas, haya sido abandonado. Animado yo con tal esperanza, corro hacia vos, Virgen Madre de las virgenes, vengo á vos y me postro á vuestros pies sollozando y pidiendo. No desatendais mis ruegos, ó Madre del Verbo; oídme si y escuchádmepropicia... Amen.

PLATICAS POPULARES

SOBRE

LA PRIMERA COMUNION

EJERCICIOS PREPARATORIOS

PLATICA TERCERA

(Jueves por la tarde.)

Sobre la Virgen Santísima, sobre su poderío y su amor para con nosotros.

TEXTO. *Ave, Maria, gratia plena.* Dios te salve, María, llena eres de gracia.

(SAN LUC, CAP. 1, VERS. 28.)

Hijos míos, antes de principiar esta plática, quiero deciros cuan grande ha sido mi gozo al veros esta mañana, durante el intervalo que separa los santos ejercicios, los unos seguir piadosos los pasos de la pasión, los otros humildemente postrados ante el divino acatamiento, pedirle con fervor hiciera llover sobre sus almas el sagrado rocío de la gracia. Os congratulo. ¿Sabiais acaso que estaba yo por aquí?... No lo creo, y así es, que no es por causa mía que habeis venido á retiraros algunos instantes en este santo recinto, sino más bien en honra del que aquí mora, que ve vuestros santos afectos y los bendice... Más decidme, ya que tanto hablamos de Jesús, podriamos poner tan solo un instante en olvido á María. ¡Oh no lo permita el cielo, hermosa doncella! porque mucho te

queremos. Si, grande es nuestro amor para con nuestro divino Salvador, para aquel tierno esposo de nuestras almas, más grande es tambien para tí, bondadosísima Madre mía, dueña de mi corazón. Todos estamos dispuestos á escuchar un hymno á tu alabanza. Pedid pues al Espíritu Santo que me inspire, que yo me consumo con deseo de ensalzar vuestras perfecciones ante estos niños en este día...

PROPOSICION Y DIVISION. — No queriéndoos cansar demasiado, haré algunas reflexiones con respuesta á estos dos puntos: ¿Quién es la Virgen María? ¿De donde le viene su inmenso poderío: Tal vez añadiré algunas palabras sobre su apasionado amor para con nosotros.

Parte primera. Si á uno de vosotros, no importa á quien, pidiera ¿que cosa es María? De seguro, hasta el más inculto, sabría responderme: « es la Madre de Dios. » Y si prosiguiendo le dijera: ¿por que la llamais Madre de Dios?... tambien el sabría añadir. Porque concurrió con su propia sangre para la formacion del cuerpo de Cristo que es Dios. Pues siendo así, que concepto podeis formaros de la que saludamos en este día.... Es una mujer á quien Dios está debiendo todos los respetos de hijo para con su madre, esta obligado á amarla, obligado á obedecerla, obligado á reverenciarla. Figuraos, amados de mi alma, que, transportados por especial milagro en medio del Paraiso, veis al lado de la Trinidad sacrosanta, no á una santa, no un á ángel ni á un serafin, más á una criatura, á una resplumbrante Señora, que puede más que los apóstoles, más que los profetas, más que todos los patriarcas, más que toda la corte celestial. Que brilla allí como el sol entre las entrellas, que todos los bienaventurados cortejan, que la misma Trinidad acata; á la que el Padre eterno dá el nombre de Hija, el Espíritu santo saluda con aquel de amantísimo esposá, y el Hijo honra con el tiernísimo título de Madre. Hijos míos, esta criatura tan ensalada, tan santa, tan admirable es la Virgen María. Los honores que la circundan, las glorias que rebosa, lo mereció con el merecer ser la madre de Dios... ¡Caros de mi alma, qué dignidad sin igual!.. Encéntrase una criatura más perfecta que todas las demás en el Paraiso y que tiene derecho de decir á Jesucristo resuscitado y glorioso, en todo igual á su padre: « Hijo mio, tú eres mi Hijo, y á la que Jesús responde con corazón ablandado: « Si María, en verdad eres tú mi madre ». Y qué, ¿hay

algo que pueda negarle Jesús? ; Oh cuan levantada lo debe ser su poderío! Todas las generaciones, la han saludado con el nombre de criatura la más perfecta de cuantas salieron de manos del Eterno, de Reina del Paraiso, de soberana Emperatriz de todo el universo. Por millones se cuentan los libros escritos á su alabanza, y sin embargo, quien logró jamás poner silencio á su corazon, al contemplar todas sus perfecciones. Mi alma no puede contener su gozo y, uniéndose al concierto general de la naturaleza, á los santos gorjeos de los ángeles y de los hombres, clama : « bendita, mil veces bendita eres, ¡oh María! dame fuerzas para cantar tus alabanzas, ilumíname para que comprenda todos tus atributos, porque eres toda llena de gracia y madre de mi Jesús.

Parte Segunda. Más quien podra comprender lo incomensurable de la gloria de María en esta vida? Solas las luces que nos inundarán en el cielo podrán levantar nuestro entendimiento hasta la comprensión de todas sus perfecciones, su conocimiento agigantará nuestra bienaventuranza. Y que os diré de su poderío... Escuchad este rasgo. Cuéntase que el gran Napoleon, queriendo honrar á su Madre llamada Leticia, mujer muy piadosa y muy querida, le daba todos los años grandísimas sumas, con particular encargo de distribuirlo á los pobres que tanto amaba y de quienes estaba siempre seguida. La historia añade estos la querian con delirio, que todos encontraban en ella un consuelo, y cuasi siempre un abundante socorro. Mas ahora decidme, ¿quién se atrevería á parangonar el poderío de Napoleon con el de Jesús, Rey de todas las naciones, Emperador de todos los siglos y Dios de la Eternidad? ¿Quién á comparar los actos de amor y de respecto de tal Emperador con aquellos tiernos sentimientos y acendrados afectos de Jesús para con su divina Madre? Ni sombra suya son, porque Jesús dió á María no una parte de sus tesoros, sino todos sus tesoros, y son estos inmensos... Jesús, el mejor de los Hijos, suscribe á cuanto le pide su divina Madre « Madre, le dice este, quereis la salud de tal enfermo, hagase tu voluntad y que goze de nuevo lozana salud. Deseais la conversion de tal pecador, hagase tu voluntad, y levantando aquel espeso velo que le encubre la verdad divina, pronto le vereis á vuestras plantas rendido y reconciliado con mí. Me pidís que estos niños, que os invocan y se acojen bajo vuestra tierna y maternal proteccion, hagan su primera

comunion con alma pura y conciencia sin mancha, concedido, queriéndos ser grato en todo, yo les colmaré de miles dones para que sea tal día el más bello de su vida... En verdad, hijos míos, la Virgen María es muy poderosa y cuanto pide á su hijo lo alcanza, todos me habeis bien comprendido, ¿no es verdad?... Gloria pues, honor y alabanza á la dulce Madre de mi Jesús, amor y agradecimientos sin en fin á esta Augusta Reina de cielos y tierra, que fue siempre á los pies del divino trono, refugio de pecadores, patrona y Madre del que humildemente le invoca... Invocálla con ardentísima piedad, hijos míos, en estos dias escuchará vuestras súplicas, porque os ama de todo corazon y desea haceros participantes de su eterna gloria.....

CONCLUSION. — Y quiero con esto objeto relataros un paso, que será según creo de vuestro agrado, y que guardareis largos dias en vuestro recuerdo... Cuentase del beato Rodriguez, que fue desde sus primeros años muy devoto á María. Encomendábase á la Madre de Jesús con la más acendra piedad y confianza infantil. Siendo aun muy joven, (tal vez como vosotros, y quien sabe si no era á los dias de su primera communion,) hincado de rodillas, á los pies de la bondadosa reina y madre le decía. Ah; si pudieras tú comprender lo estremado de mi amor para con tí! Queriendo esta encender más y más su rendido corazon presentóse al instante á sus maravilladas miradas. Vió Rodriguez una hermosa forma alta, esbelta, despidiendo deslumbrantes rayos y se quedó espantado. « Alfonso, le dijo con inefable dulzura. ¿en verdad mucho me amas.? A esta pregunta, el piadoso niño, sintió reditirsele su alma, y volviéndose poco á poco hacía aquella voz tan suave y melodiosa, rompiendo en comovedores llantos le respondió. Vos sois, ¡oh Madre mia! O cielo, o Dios mio, sí os amo, y quien no os amara, á vos tan bella, tan buena y tan santa. ¿Que quereis que haga? Sonrió entonces la madre de Jesús. Más no contenta aun con tal vasallage, le repitió segunda vez. ¿Pero en verdad me amás de lo mas profundo de tu corazon? ¡ Oh Madre! repitió entonces el niño trublado con esta pregunta. Sí os amo, nunca podré decir lo que hay de amor por Vos en mi alma, y recogiendo un instante se decía : habla tu mismo, mi pobre corazon, dile que me muero por ella, y sus castas miradas clavadas en la celestial vision, daban torrentes de lagrimas y exprimian la pura llama que ani-

maba todas sus potencias y consumía su enamorado pecho. Le creereis, Hijos míos, le puso María por vez tercera la misma pregunta : ¿Alfonso en verdad mucho me amas? Y esta tercera vez, el niño desconcertado le respondió. Si os amo, ¡o Madre de mi alma!.. Y tanto y tanto que es imposible que vuestro amor para con mí pueda ser mayor que el mio para con Vos. Sonriendo otra vez, la purísima doncella le dijo. ¡O hijo mio! Creas que mi amor para con tí y para con mis devotos es incomparablemente mayor al tuyo, nunca podrá igualarle el de ninguna criatura humana. ¡Ah si el mundo pudiera la comprender! y desaparecio.... Hijos míos, figuraos que presentándose tambien de repente en medio vosotros, la Madre de Jesús á cada uno dijera : ¿Hijo mio, me amas? Podriais responder en tanta verdad como el beato Rodriguez, si bondadosa Madre mucho os amo. ¡Ay! no lo se. Honrádla pues con mayor cariño de hoy en adelante, invocádla amenudo, todos los días de vuestra vida y muy particulamente durante estos ejercicios preparatorios á la primera comunión. ¡Oh hijos míos! nunca me cansaré de repetirlo : si quereis que sea santa vuestra vida y santa vuestra muerte, acojeos bajo la proteccion de la Reina de los cielos y tierra, implorad su divino auxilio, sed sus fieles devotos hasta la muerte y lo alcanzareis. *Amen.*

PLATICAS POPULARES

SOBRE

LA PRIMERA COMUNION.

EJERCICIOS PREPARATORIOS

PLATICA CUARTA

Sobre la grandeza del beneficio de la Redencion.

TEXTO. Fue crucificado por Nosotros. *Crucifixus pro Nobis.*

(Simbolo de Nicea.)

Exordio. Animado del santo deseo de infundir en vuestros corazones el amor del divino esposo de nuestra almas, y disponeros á hacer una buena comunión, os he hablado esta mañana de los numerosos e infinitos beneficios que nos ha dispensado el Señor hasta este día. Y con este objeto os decía, con el illustre san Bernardo, que todo lo que tenéis, ora en el orden de la natuzaleza, ora en el orden de la gracia son cosas suyas. El aire con que respirais, la tierra que os sustenta, el sol que os ilumina, la fé que os puso en el camino de la salud, la esperanza que os levantó hasta el seno de la gloria, la caridad que os santifica, las virtudes que os perfeccionan, el cielo mismo, vuestra suprema recompensa, todo se lo debeis. Adredas me he callacado sobre el mayor de todos. ¡O divino Jesús!, presente en este altar sagrado con la misma realidad que en el seno de vuestra gloria, ¡O mi Salvador! Saliendo pronto de vuestro tabernáculo, vendreis á uniros con union inefable y verdadera á estos piadosos niños, preparad mi cora-